

VOLVER SOBRE ESPAÑA

Al Este de Quintanilla de las Viñas, dos o tres carreteras secundarias unen a la región de Lara —"el alfoz de Lara", de que hablaba en mi crónica anterior— con la de La Sierra propiamente dicha. Se le llama genéricamente "La Sierra" en esa parte de Burgos a una zona en la que confluyen los Picos de Urbión, la Sierra de la Demanda y la Sierra de Neila, en un conglomerado en el que es muy difícil establecer fronteras topográficas. Por allí cerca nace el Duero, ya en tierras sorianas, y una serie de ríos secundarios de aguas limpias que hacen las delicias de los pescadores de truchas, como el Arlanza, el Pedroso y el Arlanzón... Todos esos lugares deben poseer un oscuro pasado ligado a la vida fundacional de Castilla, a la historia de los Siete Infantes y aun a la del Conde Fernán González, cuyo solar quedaba en Covarrubias. Ahora, los arqueólogos están descubriendo un conjunto de necrópolis altomedievales que clasifican "de la época de la repoblación", como la que hay en Revenga, la de Suellacabras y la misma de Palacios de la Sierra... Todo indica, en efecto, que esa región tuvo una intensa vida en

los primeros tiempos románicos. Y más que nada, lo indica su misma arquitectura religiosa.

VIZCAINOS DE LA SIERRA

Si uno llega a Vizcainos en domingo, a determinada hora de la mañana, puede encontrarse al pequeño pueblo completamente vacío y sus casas abiertas. Sin embargo, el murmullo animal y ganadero late por todas partes. No, el pueblo no está abandonado: es que sus habitantes están en misa. Ese sordo runrún de las iglesias en acción lo delata inmediatamente. Porque, además, llegar a Vizcainos es llegar a su iglesia, que está al borde de la única carretera que une al pueblo con el mundo. Vizcainos: ese nombre ya es un índice originario, ligado también, de manera indudable, a la época de la repoblación. Debemos esperar: No está bien, no parece válido, marcharse de una población viva sin cambiar una mínima palabra con sus gentes. Además, la espera es agradable. A la puerta de la iglesia hay un árbol de tupida copa, de anchísimo tronco aun cuando ya un poco hueco por los años, bajo el cual vale la pena descansar. Además, desde aquí, vemos el conjunto de la iglesia románica.

Lo más bello es la torre, no muy alta, con dos cuerpos solamente, pero de una gran esbeltez cuando se contrasta su volumen con el de la iglesia misma, con ventanales de medio punto flanqueados de capiteles bellamente labrados. Y luego, el pórtico, a cuya sombra vamos a ver muy pronto a toda la población campesina reunida... ese pórtico que tanto se prodiga por estas iglesias románicas de la región, que es como un claustro abierto, aun cuando en éste —como en un índice de su inevitable ruralismo— sea más limitado el número de sus arcos. Como la iglesia es de un solo cuerpo, sin crucero, se le pueden ver muy fácilmente sus canchillos, tan similares a otros de otras iglesias de la comarca. Casi todos son cabezas de animales y casi todos los animales son los tutelares del lugar: machos cabríos, jabalíes, gamos... la fauna que aún pulula por los montes próximos. Por dentro —no es necesario esperar a que la gente salga, pues ya conocemos la iglesia—, naturalmente, la iglesia no se conserva románica en estado puro. Como casi todas las iglesias españolas, pagó bien su tributo al barroco, pero muy bien pagado, con ese color, con ese candor que el campesinado español sabe echarle a su barroco cuando nace en estado puro... De todas



La iglesia de Vizcainos.

maneras, conserva en el arco de su cabecera dos enormes capiteles de la vieja época, impresionantes por su historia de caballeros que luchan entre sí.

Pero la población ya sale. Si no estuviéramos nosotros, los varones mayores se detendrían más bajo las arcadas a comentar sus íntimas preocupaciones campesinas. Pero allí estamos nosotros, gente rara, aun cuando no completamente desconocida. Nuestra presencia establece como un corto circuito en su normal relación. Pero se nos saluda con cordialidad: somos antiguos visitantes. Hay que saludar, antes que a nadie, a Tomás, viejo amigo de estos pagos. Tomás es, al mismo tiempo, cartero y labrador. Tiene un hijo seminarista en Vitoria, y otro, en edad escolar, que se llama Martín, al que yo le llamo, por bromear, «Martín Lutero» cosa que él siempre rechaza horrorizado. Junto a mí, oigo el comentario de un campesino, que habla del destrozo que le han hecho los jabalíes en su patatal, dos noches antes...

Tras los saludos de rigor es obligado acercarse mínimamente a la cantina, a mojarse por lo menos con un vaso del clarete de la región. Bebemos. El cantinero, el único tabernero del pueblo, es un hombre joven que, al mismo tiempo, es el alcalde.

Hemos cambiado algunas impresiones, se ha hablado de la cosecha, y nos marchamos. Vamos a Jaramillo de la Fuente, que está cuatro o cinco kilómetros más allá, y que tiene otra bella iglesia románica. El cura de Vizcainos está preparándose para marchar, pues tiene que decir misa también allí, a sus otros feligreses. ■
J. M. MORENO GALVAN.

tro y el de su mejor hotel—, para ofrecer, sin fechas en blanco, el último éxito madrileño.

Grotowski no ha presentado todavía ninguno de sus espectáculos en España. Su libro teórico tampoco ha sido editado aquí, aunque la revista «Primer Acto» haya publicado algunos de sus artículos fundamentales y varias críticas de «Acropolis» y de «El príncipe constante». Este material, unido a las fotografías y a lo que llegó en inglés o francés, había determinado, sin embargo, la inicial aproximación de una serie de directores de nuestros grupos independientes. Alguno de ellos incluso había seguido en el extranjero un curso de inspiración grotowskiana, montando luego aquí espectáculos situados en la misma vertiente.

Si con anterioridad algún espectáculo nos había mostrado lo saludable de la influencia en el contexto de nuestro reverencialismo literario —y aquí sería necesario recordar, muy especialmente, «Las criadas»— fue el Festival de San Sebastián el que reveló, casi escandalosamente, las coincidencias y peligros de una asimilación exterior, característica ésta que jamás podríamos convertir en solemne acusación, habida cuenta de que los grupos no habían tenido ocasión de conocer a fondo el trabajo de Grotowski y de que todos mostraban los primeros pasos de un tipo de investigación necesitado, lógicamente, de maduración y de experiencia.

Yo creo que las palabras de Grotowski en Madrid han puesto mucha claridad en tan delicada cuestión. Frente a la visión doctrinaria de los métodos teatrales, asociados al nombre de un «maestro», seguidos luego fielmente por dóciles discípulos y, al cabo de un tiempo, declarados solemnemente «superados», Grotowski ha alzado un modo infinitamente más coherente y abierto de entender la historia del teatro. Para los creadores de un espectáculo no habría fuente superior a ellos mismos; todos los métodos, todos los textos, deberían operar como un desafío, como una provocación, ante la que procedería, en vez de la sumisión o la rebelión sistemáticas, una respuesta. Discutir los ex-

Tomás, el portero.

